

Sonámbula en la Comarca Perdida

Por Suetonio

Era un poco secretaria de su padre, Eliodoro Yáñez, cuando el ilustre periodista, polemista y lo que se llama "un hombre público", fundó el diario "La Nación", con Augusto Bruna, Alfredo Escobar y Abraham Gatica. De una familia de ocho hermanos, María Flora es la segunda. El mayor, Alvaro, también heredó el vicio de las letras, un vicio atormentante, pertinaz y hasta doloroso. Literariamente se le conoce como Juan Emar. Escribió mucho, pero no tuvo ningún éxito.

("Ahora se habla con gran entusiasmo de su obra. Lo elogian. Es de buen tono leerlo. El pobre no vio nada de eso, sino fracasos. Los críticos dijeron que para qué publicaba, que para qué hacía lo que estaba haciendo... Muchas cosas que lo amargaron profundamente").

Su padre se opuso a sus inquietudes literarias. "No te pongas en la línea de fuego —le aconsejaba—. Un escritor está siempre expuesto al ataque y cosecha más enemigos que amigos". Cuando publicó su primera novela, "Abrazo de la Tierra" (1935), a escondidas, por cierto, se la leyó. ("El ya estaba muy enfermo. Se tomó la cabeza, murmurando: Por Dios, ya te metiste en esto...").

María Flora casó, en 1928, con José Rafael Echeverría, un talentoso ingeniero que la admiraba y que siempre le dió cariñoso estímulo. Tuvieron tres hijos. El menor, Alfonso, murió hace seis años y desde entonces la escritora ha hecho una religión de su recuerdo. Está ordenando su producción inédita, que es abundante y variada. Algunos títulos ya han aparecido y la crítica fue amplia en elogios. En su departamento del décimo quinto piso de las Torres de Tajamar, donde ella camina "ciega de sombras" hay cajones repletos de originales del hijo con quien hizo gran parte de una jornada de su vida. ("El me enseñó muchas cosas. Supo llevarme a mi propio conocimiento, más allá de mis luces; supo abrirme perspectivas y poner mi mente, al elevarla, en un estado de gracia").

UNA AVENIDA PARA EL RECUERDO

En revisar papeles que Alfonso Echeverría dejó en promiscuidad de temas, versos, relatos, cuentos, crónicas, ocupa días completos.

—¿Y usted no está escribiendo nada?.

—"No tengo tiempo para eso... Me he propuesto la tarea

de publicar cuanto más me sea posible la obra que dejó ese muchacho por el que vivo muriendo lentamente"...

Cerca, muy cerca de donde nos hallamos, comienza la avenida Eliodoro Yáñez, en Providencia que termina en Tobalaba.

—¿Va por allí algunas veces?

—"Ah, sí. Es hermosa. Un merecido recuerdo de ese gran luchador que fue mi padre. Siento una emoción enorme cuando los choferes de taxis me preguntan ¿la llevo por Eliodoro Yáñez?"

Y han de asaltarle inquietantes nostalgias. La infancia en el hogar. El niño del retrato, sobre la cabecera del lecho de su ilustre progenitor. Los ojos anegados en luz, que parecían seguir la trayectoria de las personas que cruzaban el cuarto. ("Era nuestro hermano mayor, Lolito, muerto poco antes de cumplir tres años"). La vieja calle San Antonio. No tupía aún la maraña del bosque de concreto de hoy. En la amplia calzada patinaban los niños, corriendo de una casa a otra, mientras las ventanas volcaban hacia afuera el reflejo del sol en sus cristales y, luego, la amarillenta luz de las lámparas encendidas.

Otros tiempos. Otras gentes. Otros sueños y ensueños.

Conversamos en medio del rumor de esta ciudad, picoteada por los trabajadores del progreso. Y ella también es una imagen de mujer de este tiempo. Usa pantalones de corte perfecto, un sweater deportivo. Su sonrisa quisiera desmentir que las garras de la angustia la toman, la acosan y que ella presintiera en su sonambulismo viajero.

Escribe a máquina, que es su inspiradora y su estímulo.

—"La inspiración para mí viene como un rayo. Cuando escribo me siento en estado de trance, como si estuviera poseída. Hay días en que todo se capta, como si se tuvieran antenas para cogerlo que está en el aire".

Reconoce que no tiene técnica, que sólo obedece a esa fuerza viva que nace de lo más profundo del ser.

—"El novelista debe estar alerta, con los sentidos en acecho, pero, a la vez, es importante hacer uso del sueño, del subconsciente. Es posible, así, hacer una especie de meditación".

INFLUENCIAS: ESCRITORES Y MUSICOS

Cree que la literatura chilena se encuentra en una enreujada.

—"O seguimos el camino arcaico que nos señala nuestra crítica o nos apoyamos en nuestra propia inquietud creadora. Digamos de esa visión poderosa que tienen Proust, Thomas Wolfe o Pasternak, que producen una fuerte visión de la vida y de las cosas".

En sus novelas hay símbolos, muchos símbolos que Flora Yáñez no quiere explicar. Piensa que éste es un trabajo para los historiadores literarios y que no corresponde al autor hacer excursiones a través de su obra.

Eduardo Barrios ("Gran señor y rajadiablos", "El hermano asno") definió la arquitectura novelesca de María Flora: "tiene una simplicidad que buscan los maestros". Alone señaló: "la ligereza elegante, la sonrisa rápida sobre el drama, un soberano sentido de la medida, del equilibrio y el saber cambiar oportunamente, que da las proporciones justas".

—¿Cómo realizo mis obras?

Junta las manos. Mira hacia el piso alforbrado.

—Generalmente tengo un esquema, pero, al darle forma, todo cambia y los personajes empiezan a moverse. Si no hay movimiento, la novela no resulta...".

—¿Y los personajes provienen de la vida real?

—"Sí, pero los descompongo a mi manera. Sin duda, hay mucho autobiográfico, sobre todo en "Visiones de Infancia", que después se llamó "Otra Comarca". En mis obras han influido escritores y músicos. Me apasiona la música barroca. Tengo un sentido trágico del arte. Mis novelas son siempre trágicas, como es la vida, como es mi vida".

SIEMPRE LA SOLEDAD

Hay tres libros de los que reniega: "El abrazo de la tierra" (1933), "Mundo en sombra" (1935) y "Espejo sin imagen" (1936).

—¿Por qué?

—"No sabría explicarlo. Reniego de ellos no más..."

—¿Cómo explicaría su artículo, publicado en "El Mercurio" (9 de noviembre de 1975), "París visto por una sonámbula"?

—"Ese es mi estado de ánimo. Desde el fallecimiento de mi hijo soy una sonámbula... ¡Una sonámbula!...".

Sentada en un banco de piedra del barrio latino, escucha el tañer de la campana de la vieja iglesia de Saint Germain de Pres, se pregunta: "¿Dónde está Dios?... ¿Dónde está?"

Y su grito tiene una resonancia: "Dios está arriba y abajo el mundo, con su maravilla y su incoherencia".

Desde aquí, desde esta mole que apunta al cielo, empezamos a escuchar esa tarde el murmullo de este atolondrado mundo santiaguino. María Flora nos entrega una mano liviana, suave, casi como de sombra.

Y la soledad entra con ella a su escondite.